

SEXO Y LIBERACION (ACLARATORIA)

LA REDACCION

El No. 404 de SIC (abril 1978) tuvo muy diversa acogida. En general en ambientes seculares fue recibido con normalidad y hasta con cierta indiferencia: A unos les pareció que ya era hora de que dijéramos una palabra algo más humana que la opresión y deformante educación sexual que recibieron de la sociedad, de la familia y de la Iglesia como parte influyente de ellas. A otros no les interesó porque consideran —aun siendo católicos— que, a juzgar por su experiencia, nada sensato podemos decir de este tema los clérigos —seamos retrógrados o avanzados. Mejor es prescindir y formarse la propia conciencia a base de buena voluntad y experiencia. Ha habido también algunos católicos a quienes ha chocado negativamente el número por considerar que estaba fuera de las coordenadas morales en las que debe moverse la Iglesia. Aunque alguna señora activa en la vida eclesial y con una formación superior a la habitual nos escribía señalando que nos habíamos quedado muy cortos en denunciar la opresión de la mujer a la que ha contribuido la Iglesia.

En algunos ambientes clericales ha habido también reacciones adversas. Se ha dado, pensamos, el escándalo farisaico, incluso la satisfacción nada cristiana de pensar que les hemos proporcionado piedras para apedrearnos.

Otros al contrario han reaccionado con cierta tristeza porque hubieran deseado artículos más matizados, más pedagógicos y más orientadores. Incluso algunos problemas de forma y de contenido les han hecho pensar que pudiéramos haber rechazado y minado las orientaciones más firmes de la Iglesia en la materia.

De esta diversidad de interpretaciones parece desprenderse que es necesario abordar de nuevo estos y otros temas referentes a la sexualidad y la organización social vinculado a ella y que conviene hacer alguna aclaratoria sobre los artículos publicados. Nada más lejos de nuestra intención que desorientar, escandalizar o atacar por atacar enseñanzas recibidas y autorizadas. Por eso, los autores de los artículos y la Redacción, queremos clasificar algunos puntos.

1.— SEXUALIDAD, MORAL y APORTE CRISTIANOS

El cristiano es consciente de que la sexualidad es una realidad natural que necesita ser humanizada por la acción responsable del hombre; es decir que su sig-

nificado, desarrollo y ejercicio deben encauzarse de manera que estén ordenados al amor y felicidad de la pareja, del hijo posible fruto de esa relación y de la sociedad entera. Esto no se logra dejando la sexualidad a su espontaneidad, sino que hay que personalizarla y ordenarla con una conciencia moral. El cristiano sabe que ha de tomar en serio la perpetuidad del amor conyugal y la consideración amorosa del hijo fruto posible de esa relación.

Pero es evidente que en las diversas culturas hay condiciones muy distintas para la realización de este ideal de la humanización del sexo y el aporte cristiano se realiza en esas circunstancias concretas.

La propia Iglesia, constituida por hombres tributarios de la cultura, de su tiempo es penetrada por consideraciones filosóficas, antropológicas y sociales que en el pasado han sido claramente opresores de la mujer, por ejemplo. Así está sometida al permanente peligro de que algo meramente cultural asumido en la reflexión cristiana de una época se defienda como algo revelado por Dios y se trate de imponer a la posteridad y a otras culturas. Tal ocurre a veces con la valoración dada en un tiempo a la mujer, el amor y el sexo perpetuándose en la Iglesia posiciones anticristianas y opresoras.

Esto es lo que fundamentalmente se afirmó en SIC. Nuestra posición ni rechaza la necesidad de moral sexual, ni los aportes de la Iglesia, más bien los reclama y urge.

En Venezuela podemos ver ejemplos de una sexualidad personal y socialmente no ordenada, no suficientemente humanizada. Las mayorías venezolanas poco siguen lo que dice la Iglesia sobre el sexo y la familia, y no por eso es una sexualidad humanizada la que reina en nuestra sociedad. Las normas de la Iglesia, como meras normas, no llegan ni a influir ni a comprender esta situación. Sus orientaciones sólo servirán si van acompañadas del espíritu que hace agradable y positiva la ley. Una sexualidad sin capacidad de ser voluntaria y de sublimación encauzada, sin capacidad de sublimación y ordenamiento en una relación amorosa, es inhumana y termina en un machismo que oprime a la mujer, degrada al varón y deja la triste secuela de millones de hijos sin padre o sin familia como puede ver quien abra los ojos.

2.— MATRIMONIO

No basta afirmar el ideal sublime del amor perpetuo entre la pareja, sino

que hay que trabajar para lograr las condiciones para que ello sea posible y dar respuestas cristianas reales para aquellos que no lograron ese ideal aunque aspiraron a él. Y todo esto no en abstracto, sino partiendo de las condiciones reales en que el matrimonio, la familia y la sexualidad han funcionado tradicionalmente entre nosotros y las nuevas tendencias impulsadas por la cultura naciente o importada que ofrece pocos estímulos a la permanencia del compromiso matrimonial.

Para ello habrá que profundizar en las causas que impiden la celebración de matrimonios con las condiciones de madurez exigidas por el ideal cristiano. Y las causas que llevan con frecuencia, aun a las mejores voluntades, a fracasar en este intento y a lamentar la muerte de un amor que se juró eterno.

Jesús preguntando sobre el divorcio permitido por Moisés dijo que eso ocurrió "por la dureza de su corazón"; ésta por lo visto no es exclusiva de aquellas culturas.

La Iglesia seguirá proponiendo este ideal y haciendo sus mejores aportes para que sea posible no como carga insostenible sino como amor y alegría.

Y para que ese aporte humanizador esté libre de deformaciones profundas padecidas por la humanidad en etapas anteriores con respecto a la sexualidad, la mujer, la familia... la Iglesia hace hoy un esfuerzo por realizar y asimilar nuevos análisis culturales, antropológicos, psicológicos, teológico-morales y exegéticos tratando de abordar los temas con verdadera libertad evangélica. En los últimos siglos no solamente se ha revolucionado en el orden económico, social y político de la humanidad obligando a la Iglesia a revisar a fondo muchas apreciaciones sociopolíticas defendidas durante siglos; la revolución experimentada por la comprensión y valoración de la realidad sexual es, si cabe, más radical. Si la Iglesia no realizara este esfuerzo sino impusiera evidencias filosóficas y sociales de otros tiempos sin examinar cuidadosamente si ese es el verdadero espíritu evangélico, estaría cometiendo el mismo error que enfrentó Pablo cuando los cristianos judaizantes querían imponer a los griegos su "cultura religiosa".

La tarea de reinterpretar la sexualidad es tarea generalizada de nuestra cultura ayudada de las nuevas realidades y conocimientos. La Iglesia a la luz de ellos y de una exégesis más depurada del Evangelio está realizando el mismo esfuerzo; y

evidentemente escandaliza a los demasiado apegados a lo establecido como escandalizaron Pedro y Pablo a los cristianos judaizantes por bautizar a los paganos.

Nada de lo tratado en SIC es nuevo en la discusión eclesial actual. Con todo hay críticas que nos parecen deben ser acogidas con el fin de precisar nuestro pensamiento, matizar nuestras experiencias o incluso corregirlas.

3.— UNILATERALIDAD DE LOS ARTICULOS

Unos dicen que nuestro tratamiento del tema ha sido unilateral. Podíamos haber mencionado, por ejemplo, los numerosos textos en que los Santos Padres defienden al matrimonio frente a los extremos aberrantes de determinadas sectas gnósticas que despreciaban toda manifestación de vitalidad corporal. Podíamos, igualmente, haber elencado las principales razones que han movido a la Iglesia católica a defender durante tantos siglos la absoluta indisolubilidad del matrimonio.

Es verdad; podíamos... Sin embargo, la unilateralidad hay que considerarla en su contexto global. Si recogemos los escritos, charlas, homilias y conferencias que se dan en nuestro medio católico, veremos que todas ellas abundan en eso que se dice que a nosotros nos falta. Por eso nos pareció importante apuntar la posibilidad de una lectura distinta y complementaria de los mismos elementos. Si nuestros lectores hubiesen partido de cero, nuestro tratamiento habría resultado francamente unilateral. Pero no es así. Por eso, dado el poco espacio de que disponíamos, nos pareció más importante aprovechar la oportunidad para enriquecer la toma de postura total con la presentación de otra alternativa. Estamos convencidos de que la unilateralidad en la formación católica del venezolano se inclina todavía poderosamente hacia la parte más conservadora y no hacia la más crítica. Reconocemos sin ambigüedades que sacados del contexto y quitada su finalidad de complementar y dar otras luces a lo predominante, nuestros artículos son unilaterales.

4.— TEMAS EXCLUSIVOS DE REVISTAS ESPECIALIZADAS

Siguiendo en la misma línea, otros nos han dicho que nuestros artículos se podrían haber publicado en otras revistas más especializadas, cuyos lectores estén más preparados a este tipo de planteamientos.

Permítasenos decir que no participamos de esa opinión. En teología, como por lo demás en toda ciencia, existe el peligro de encerrarse en un coto de intelectuales donde se discuten a fondo y sin reticencias las cuestiones más básicas y fundamentales, mientras los laicos permanecen en un estado de infantilismo que acepta todo sin ningún discernimiento. Muy a menudo hemos logrado así provocar unos reflejos compulsivos de sumisión nada racionales, y fundados muchas veces en sim-

ples mecanismos de amedrentamiento. Y como reacción, rechazos cargados de emotividad y radicalismo.

Pero además en el contexto venezolano ni siquiera existe esa otra alternativa, ya que no se publica ninguna revista dedicada exclusivamente a cuestiones teológicas de especialización. Claro que podíamos haber enviado nuestras aportaciones, algo más extendidas y fundamentadas, a revistas de otros países. Pero no va por ahí nuestra vocación. Deseamos más bien crear una opinión pública madura y cristiana en nuestro propio país. Eso fue lo que nos guió al escribir estos artículos, y sentiríamos si su forma o contenido no hubieran contribuido a lograrlo. Como solución intermedia, ofrecimos allí mismo alguna bibliografía adicional que los más interesados pudieran consultar. Por fin, no olvidamos que el lector medio de SIC es de un nivel intelectual bastante dis-



ciplinado y profundo, ya que así lo exige el estilo de nuestras colaboraciones regulares en otros campos que no tocan directamente el problema religioso.

5.— RECHAZO DE LA AUTORIDAD

Un tercer tipo de protestas indica que nuestro tratamiento del tema de la sexualidad y el divorcio puede traer como consecuencia un rechazo anárquico de todo tipo de legislación eclesiástica y puede incluso minar la credibilidad de sus autoridades.

Por si en alguien hubiera quedado esta impresión queremos confesar rotundamente que no es éste nuestro propósito. Nada más alejado, pensamos, de las necesidades de Venezuela que esas contraposiciones fáciles —en boga en algunos ambientes del mundo desarrollado— entre institución y vida espontánea. Estamos firmemente convencidos de que nuestra sociedad y nosotros en ella necesitamos cauces que nos salven de la anomia que por diversas causas nos amenaza. Precisamente porque vemos la necesidad de una ética, no para acatarla ritualmente sino para practicarla, insistimos en que, como Dios quiso, sea humana (Dt. 4, 6-8). Precisamente porque creemos que la ley sigue siendo en todo caso un punto de re-

ferencia inevitable a la hora de tomar una decisión, nos interesa tanto explorar las posibilidades de cómo evitar las tensiones que puedan darse entre la obediencia a la ley y a la conciencia (posibilidades que el mismo Tomás de Aquino y muchos otros antes que él admitían como real y resolvían a favor de la conciencia). Una de las convicciones fundamentales del cristianismo —aunque no exclusiva del él— es que la ley está para servir al hombre y no el hombre para servir a la ley. (Mc. 2,27). Lo cual no niega la necesidad de la ley sino que relativiza las formulaciones de algunas leyes concretas. Esta relativización en ningún momento equivale, creemos, a una llamada a la desobediencia o a la anarquía.

6.— POCO AMOR A LA IGLESIA

Se nos ha dicho, en fin, que nuestros artículos son a veces tan acerbos que parecen reflejar muy poco amor a la Iglesia.

Nos duele haber provocado en algunos esta impresión. En nuestro descargo decimos que la vehemencia que pudo haberse notado nace en este caso precisamente de la solicitud por la Iglesia (2 Cor. 11, 28). Pues nuestro tratamiento del tema de la sexualidad buscó asomarse a las angustias, sufrimientos, tensiones y desgarramientos del pueblo. Por nuestra condición de sacerdotes célibes nos vemos particularmente vulnerables a la hora de legislar para otros en cuestiones que, como el matrimonio, no nos conciernen directamente. Nos da miedo que se pudiera dirigir a nosotros la voz dolida e indignada de Jesús: “¡Hipócritas! Lían fardos pesados y los cargan en las espaldas de los demás, mientras ellos no quieren empujarlos ni con un dedo” (Mt. 23). Esta preocupación fue la que nos movió a tocar un tema delicado y candente. No se trataba de alegar a favor de nosotros sino de la comunidad. Ya que como autoridades que somos en la Iglesia, aunque subalterna, nos concebimos como servidores de ese pueblo que es la Iglesia, Pueblo de Dios en marcha, como con tanto acierto lo calificó el Concilio Vaticano II.

Lamentamos profundamente no haber estado en todo momento a la altura de nuestros deseos. Seguimos creyendo que el tema de la moralidad sexual necesita replanteamientos urgentes y profundos. Prueba de ello sería la cantidad de libros recientes que abordan esta cuestión. El intento de hacer accesible a nuestros lectores algo de este material era particularmente delicado y arriesgado, dadas las sensibilidades que necesariamente había que sacudir. Parece ser que nuestro intento no fue del todo acertado. No por ello la tarea de la Iglesia en este campo deja de ser urgente y para muchos clave decisiva para discernir si es signo eficaz del amor de Dios o instrumento de poder que niega la humanidad y oprime las conciencias con cargas insostenibles.

Busquemos la verdad y comuniquemos a todos el Espíritu de Jesús que ilumina y libera. ○